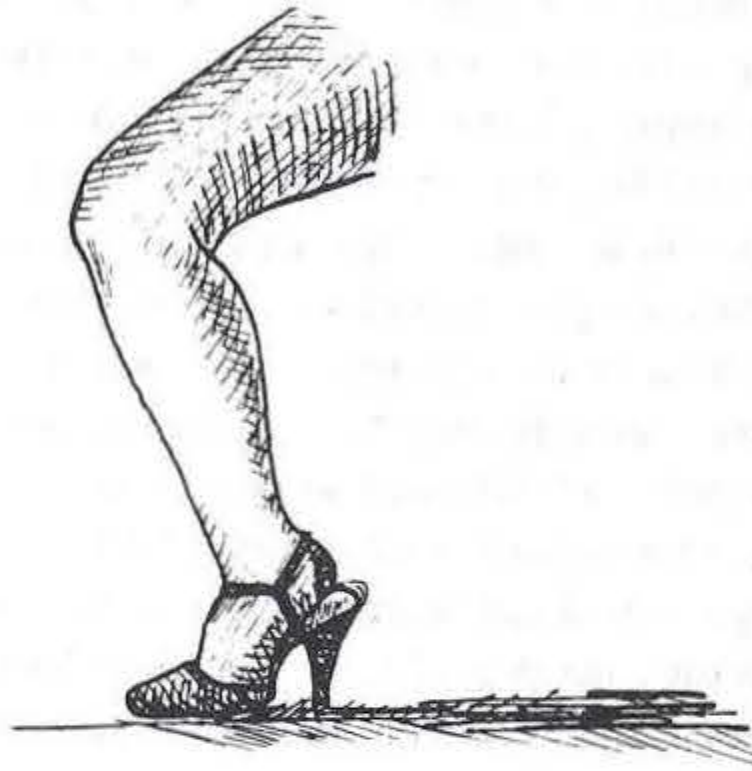


La idea, en principio, es excelente. Se trata de una obra destinada a romper hábitos mentales escleróticos; a buscar moradas más dignas para el hombre ("ser que no debe confundirse con el habitante de Kanibbalia"); a exaltar el conocimiento y valoración de la cultura propia: en tal sentido, la entrevista con Mateo Yaraví es una página particularmente esclarecedora. Hay imágenes destacables, tanto visuales (la conmovedora fotografía de la paloma crucificada, y aquella en que aparece Tito Maguey ensayando su red nueva en el Lago de las Garzas) como literarias. Véase esta definición mínima, casi tan precisa como una estrofa japonesa: "La lluvia, artesanía del agua". O la fábula desprovista de moralina acerca del turpial que al pasar sobre un lago deja caer un trino que un pez oportunista engulle, pasando en adelante por talentoso cantor. Poco más merece ser rescatado.

La realización general del proyecto no se encuentra, lamentablemente, a la altura de la idea inicial. Todo en el *Bando de Villamaga*—salvo, claro está, mucha parte de los contenidos— le hace el juego a la sociedad de consumo que pretende subvertir. La estructura misma de la publicación, por ejemplo, con anuncios, editoriales, avisos clasificados, historietas, titulares de prensa ("Nacionalizada la sonrisa", "Negadas visas a Freud y Piaget", "La tarde no pudo cruzar el río", "Declaraciones de Fulano de Tal", etc.), es un calco fiel de cualquier revista comercial. La inclusión de un sartal de frases panegíricas en las solapas o en la cubierta posterior es una precaución elemental de todo *best-seller* que se respete.

Se imita igualmente a Kanibbalia en el vocabulario y los métodos de agresión (pese a que en diversos pasajes el autor se cura en salud: "es difícil liberarse de la influencia de Kanibbalia"): "Ogún, dios de la guerra y los metales", "el brazo armado de la soledad", "combate en el frente", "los cuerpos expedicionarios adoptarán todos los mecanismos conocidos del espionaje internacional", "Rosa Maizales y Sandra del



Néctar trajeron cañones", leemos aquí y allá. Y aunque uno de los editoriales proclama que "no aceptaremos el odio en nuestras filas", uno no puede dejar de pensar en la irónica canción, popularizada por Nacha Guevara, *Con el odio acabaremos*.

Dado que estamos ante una supuesta recobración de valores y tradiciones autóctonos, era de esperarse que el panteón de Villamaga estuviera poblado por deidades precolombinas familiares; en lugar de eso se abruma al lector con un aluvión de nombres chirriantes y apócrifos que nada dicen, aunque estén entreverados de alusiones más o menos transparentes—y más o menos desubicadas— a Blas de Lezo, Salvador Allende, Leonardo da Vinci y otros nombres célebres. Añádase a ello generosas cucharadas de ese almíbar rosado que es el equivalente tabernícola del más depurado repertorio serenatero ("erráticamente fulguraba el silencio"), decórese con gran profusión de grageas de sabor pseudoheideggeriano ("Exúe Celesvana es esa mágica figura que se inscribe en los horizontes íntimos del ser como un lúcido latido transformador de conciencias y voluntades"), y estará a punto la melcocha de *alucinación lírica* para su consumo, preferiblemente en noche de viernes cultural.

La segunda edición del *Bando de Villamaga* me hace pensar en un trigo maduro: poco grano y mucha paja.

HUMBERTO BARRERA O.

El jardín por dentro

Colombia, parques nacionales

Inderena

Fondo para la Protección del Medio Ambiente José Celestino Mutis, Fen, Colombia, Bogotá, 1984, 262 págs.

Este libro, en edición de lujo, 24 x 32 cms, 3.500 ejemplares, 600 de ellos numerados, ilustrado con más de 240 fotografías en color, acomete la ambiciosa empresa de describir las 32 unidades de conservación (27 parques nacionales y cinco santuarios de flora y fauna) que componen el sistema nacional. En un prólogo titulado "La región más transparente del aire", el presidente de la república, Belisario Betancur, presenta la obra, destaca la importancia de los parques nacionales y acentúa la necesidad de que este patrimonio sea de amplio conocimiento entre los colombianos. En palabras del presidente Betancur, "la única forma de que aceptemos la dimensión preciosa de esos recintos es conociéndolos. Sólo así podremos estimar su carácter único, su fabuloso valor patrimonial, el respeto amoroso que deben suscitar".

Una Introducción General hace una breve reseña histórica del sistema colombiano de parques nacionales y describe someramente la geografía del país. Los parques nacionales aparecen agrupados en el libro según las provincias biogeográficas, cada una de las cuales es objeto de una corta introducción que explica su situación geográfica y sus características climáticas generales. A su vez, cada parque es descrito en detalle, resaltando sus características geológicas, geográficas y climáticas. Se anotan las especies características de flora y fauna y las formaciones vegetales representadas y se resume la información arqueológica y etnológica, así como los episodios históricos más sobresalientes de cada región. En algunos casos se mencionan las vías de acceso y las facilidades para uso recreacional y educativo.

Las fotografías en color comprenden paisajes, plantas y animales de cada parque nacional. En la intro-

ducción aparece un mapa del territorio nacional con la situación de todos los parques y santuarios.

Es comprensible que, por fuerza de la compleja naturaleza del sujeto, un libro que tenga que introducir conceptos y términos de tantas disciplinas deba recurrir al uso de vocablos que no son de uso diario. Sin embargo, en *Parques nacionales* se incurre en verdaderos excesos que llegan a ocasionar perplejidad innecesaria en cada página y hacen la lectura verdaderamente fatigosa. Las descripciones de los suelos se hacen a base de términos como *Trophemists*, *Fluvaquepts*, *Aquods* y *Psamments*. Aunque el libro incluye un generoso glosario, suele resultar de poca ayuda para el lector no pedólogo (especialista en suelos). *Aquod*, según el glosario, "es un Suborden del Orden Espodosoles, suelos con tendencia a la gleyización [...] con epipedon hístico".

Los nombres científicos de plantas y animales se complican injustificadamente con un abundante uso de trinomios para la designación de subespecies o razas geográficas, sin que se le aclare al lector el porqué de tal refinamiento. Se detectan errores tipográficos en los nombres científicos, deslices éstos que no se compaginan con el énfasis que hace el libro en materia de terminología (p.e., "*leocophrys*" por *leucophrys* y "*toxoides*" por *toxotes*).

La nomenclatura ecológica también contribuye a que sea menos cierto aquello de que "el libro emplea un lenguaje accesible a lectores no especializados": "bosque del pedobioma subxerofítico" y "vegetación transicional entre la hygrotrophytia y la subhygrotrophytia" son apenas dos ejemplos.

En cambio, en ciertos casos que habrían requerido de una información más precisa, se incurre en una vaguedad inexplicable. "Existe, además, un pez nativo de la Cocha, afín al llamado Capitán" (pág. 245). ¿Se trata de una especie endémica? ¿Es que no ha sido clasificado todavía? ¿A cuál de todos los peces llamados comúnmente "capitanes" se parece? Quien desee averiguar algo más so-

bre este pez de la Cocha, no tiene aquí un punto de partida.

La redacción a veces es poco cuidadosa. En la página 244, por ejemplo, se lee que "el visitante puede conocer en la laguna [de la Cocha] varias especies de aves, entre las cuales están el 'pato zambullidor' (*Podiceps occipitalis juninensis*), otras especies de patos como el *Anas georgica spinicauda...*" implicando erróneamente que *P. occipitalis* es un pato, cuando en realidad pertenece a un grupo muy diferente de aves.

El guatín *Dasyprocta punctata pandora* (pág. 182) se cita entre los mamíferos existentes en la isla Gorgona, después que se anota que esta misma especie "al parecer se extinguió debido a una peste ocurrida hace algunos lustros". Y hablando de las aves del mismo parque (pág. 182), dice que "se han señalado hasta ahora 19 especies de aves migratorias, de las cuales *Cyanerpes cyaneus gigas* y *Coereba flaveola gorgonae* son nectarívoras y endémicas". Ninguna de las dos especies citadas es migratoria.



El material fotográfico deja que desear por lo variado de su calidad. Hay fotos excelentes, tales como las del nevado del Huila (pág. 107) y del nevado de la Reina (págs. 24-25 y 26). Las correspondientes al parque nacional El Cocuy (págs. 160 a 167) son de belleza impresionante. En el otro extremo, la única foto del caimán llanero (pág. 79) no le hace ningún favor al más imponente de nuestros cocodrilos. Peor todavía es el caso del colibrí *Eriocnemis mirabilis*, cuya ilustración aparece desenfocada, descolorida y recortada, con el efecto de un verdadero pegote, en la página 106, a pesar de un original de muy buena calidad reproducido

previamente en el libro *Portraits of Tropical Birds* (Dunning, J. S. 1970. Wynnewood, Penn.: Livingston). Igual tratamiento se le dio a una foto de *Geranoetus melanoleucos*, una hermosa rapaz, en la página 121. Los flamencos tampoco salieron favorecidos con una foto a doble página, con rayones y otros desperfectos conspicuos (págs. 224-225).

Independientemente de su calidad, muchas fotos son de dudosa importancia y dejan la impresión de que fueron incluidas por ausencia de objetivos claros en la escogencia del material. Por ejemplo, la del gallito de ciénaga (pág. 233), aunque aceptable como foto, no resulta adecuada para resaltar la rica avifauna acuática de la Ciénaga Grande de Santa Marta. El gallito de ciénaga es una especie común y abundante en medios altamente modificados en todo el país y bien pudo ceder su sitio en el libro a una de tantas especies de aves con mayor valor simbólico para este santuario. De la misma manera, la foto de la cocinera o tiamaría, y ésta sí de poco mérito fotográfico, pudo ser eliminada del capítulo sobre la isla de Salamanca (pág. 58) sin que el libro experimentara pérdida alguna. Por otra parte, echa uno de menos ilustraciones de especies como el cóndor, el oso de anteojos, el tapir de montaña y el venado conejo, todas ellas representativas de muchos de los parques nacionales de los Andes.

Ocasionalmente las leyendas no corresponden a las ilustraciones. Una foto panorámica de un bosque de densa cubierta arbórea (pág. 117), probablemente del piso térmico frío, está acompañada por una leyenda que la describe como "Detalle del páramo en los Farallones de Cali. La cobertura vegetal consta de gramíneas y criptógamas".

La Bibliografía Básica enlista una extensa serie de trabajos de relación entre próxima y remota con el sujeto del libro. Desafortunadamente no está discriminada por capítulos ni por temas, haciendo en extremo difícil la localización de referencias pertinentes a un aspecto cualquiera sobre el cual el lector desee profundizar. Por otra parte, omite inexpli-

cablemente muchos trabajos de divulgación científica que tocan directamente con los parques nacionales y los recursos de flora y fauna y que serían del mayor interés para el visitante potencial. Entre estos trabajos omitidos por la Bibliografía Básica podemos citar los de Borrero (1972. *Aves de caza colombianas*. Cali: Universidad del Valle), Espinal (1980. *Apuntes sobre la flora de la región central del departamento del Cauca*. Cali: Universidad del Valle), Dunning (citado atrás) y Olivares (1973. *Las ciconiiformes colombianas*. Bogotá: Proyser).

A pesar de lo anotado, que tal vez sea en parte resultado de un arraigado concepto de educación que no considera a la naturaleza silvestre como sujeto legítimo de "cultura general" y, por otra parte, de una falta de preparación del Inderena para tareas de divulgación como esta, el libro *Colombia, parques nacionales* contribuye a llenar un sentido vacío y seguramente estimulará el deseo de conocer mejor al país y la preocupación por la suerte de aquellos que fueron escogidos entre los más bellos de sus paisajes. Porque la moneda tiene otra cara que el libro apenas si toca muy tímidamente, cual es la creciente agresión al sistema de parques y su consiguiente deterioro: la muerte de los manglares de isla de Salamanca, la colonización de la Macarena y el caos general de la Sierra Nevada de Santa Marta, para no citar sino algunos de los casos que vienen teniendo mayor resonancia en los medios de comunicación.

Con una edición menos costosa, logrará mediante un texto simplificado a lo más sobresaliente y accesible para el viajero y una poda drástica del material fotográfico, este libro se convertiría fácilmente en lo que debió ser desde un principio: un atlas para la mochila del excursionista. Por lo pronto *Colombia, parques nacionales* es una geografía de lo bello y un itinerario de la Colombia amable que tan pocos conocen y que todos deberíamos apreciar.

HUMBERTO ÁLVAREZ-LÓPEZ

¡Pañales para la literatura infantil!

La literatura infantil es un invento reciente: Apareció el siglo pasado en Europa occidental, ligada a la idea de que en educación es más fructífero tratar con niños que con adultos. Se empezó a escribir por separado para los niños, se publicaron libros para transmitirles a los futuros adultos modelos de comportamiento y experiencias colectivas y, en algunos casos, simplemente para proveerlos de un pasatiempo.

Lo que hoy conocemos como "literatura infantil" es un conjunto variado: algunas de las obras reconocidas como clásicas en el género no fueron escritas pensando en los niños, y algunos de los libros escritos para éstos se han convertido en éxitos entre los adultos, como es el caso del reciente auge de la *Historia interminable* de Michael Ende.

En los últimos diez años en el país la literatura infantil ha venido recibiendo cada vez más atención. Los avances en el control de la natalidad y la vinculación de las mujeres al trabajo y al estudio, han hecho salir a los niños a una edad más temprana a cumplir parte de su socialización en guarderías y jardines infantiles, atendidos por personal calificado en educación y recreación preescolar. El niño se vuelve centro de atención y su universo se constituye en un nuevo mercado para las casas editoriales.

Desde 1977, año del primer concurso Enka de literatura infantil, ha aumentado en el país la circulación de libros para niños, así como los cursos, conferencias y escritos sobre el tema. Éste ha padecido toda suerte de interpretaciones: que es juego, que es ideología, que ensancha la imaginación y la creatividad, que la fantasía es un instrumento peligrosamente alienante, que sirve de catalizador psicológico, que los cuentos de hadas atentan contra nuestra identidad cultural...

Voy a referirme enseguida a una muestra de libros publicados desde 1981 en ediciones colombianas o en coediciones latinoamericanas.

Al rescate de la tradición oral

Nos encontramos en primer lugar un grupo —el más numeroso— formado por libros inspirados en la tradición oral popular.

Cuentos, mitos y leyendas para niños de América Latina (coedición latinoamericana de Ed. Plus Ultra, Ática, Ekaré y Banco del Libro, San Pablo, Brasil, 1981). Con este libro se inicia una serie dedicada a difundir la literatura infantil propia, dentro de un programa de la Unesco y Cerral (Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina). Editores y especialistas en la materia pertenecientes a un grupo de países —Argentina, Brasil, Venezuela y Colombia— recurrieron al sistema de coedición para controlar costos y ganancias y por su interés en contribuir a la integración de la cultura de la región difundiendo elementos de su folclor para niños desde los diez años de edad. Un programa análogo, había sido puesto en práctica exitosamente en Tokio con un conjunto de países asiáticos.

Los cuentos recogidos en este libro se refieren a indios, jesuitas, tesoros y al origen de algunos alimentos. De Colombia se escogió una adaptación de la leyenda de Eldorado hecha por Lucía Rojas de Perdomo. La mayoría de los relatos resultan flojos por desaciertos en el lenguaje y por las lúgubres ilustraciones en blanco, negro y ocre. Al final de cada cuento hay unas Notas y glosario donde se indica la fuente de las historias y se definen los términos más especializados o locales.

